

Informe sobre los hallazgos prehistóricos de La Guardia (Toledo).

Hace algún tiempo que el vecino de La Guardia, D. Vicente Romero, persona muy culta y de carrera, comunicó a esta Academia que en el cerro denominado de la «Atalaya», próximo al referido pueblo, venían apareciendo útiles de piedra y fragmentos de cerámica, de época prehistórica, remitiendo, al propio tiempo, algunos de los hallazgos por él realizados. En vista de esto, la Academia encargó a los académicos Sres. San Román Fernández, Sánchez-Comendador, Román y del Pan, que visitasen el lugar de los aludidos hallazgos, lo que verificaron el día 3 de abril del año actual.

Naturaleza geológica del cerro de la «Atalaya»—El pueblo de La Guardia es uno de tantos como hay enclavados en la llanura manchega; sobre el extenso manto mioceno de tierra parda, especie de sayal franciscano, se destacan toda una serie de cerretes en forma de artesa voleada y de poca altitud, uno de los cuales se ve flanqueado por las tres series superpuestas de silos o cuevas, excavadas a fuerza de pico, por una buena parte del vecindario de La Guardia, que hace vida troglodita en la actualidad. Todos los cerros circunvecinos, al igual que en el que se asienta el pueblo, están formados por estratos de yeso compacto y de la variedad *espejuelo*, que alternan con arcillas y conglomerados. Cuando los hiera el sol, brillan algunos cual si estuvieran tachonados de brillantes, por el sin número de cristalitas de sulfato cálcico, mostrando agudo contraste con la austera sublimidad y ambiente sereno y plácido, de la llanura suavemente ondulada que se contempla desde el santuario del histórico Niño de La Guardia.

De la llanura sin fin, destácase solitario, como centinela avanzado, el cerro de la «Atalaya», especie de cono truncado, al parecer colocado allí por manos de titanes, pero en realidad modelado por la erosión de las aguas salvajes y de las grandes

avenidas de época cuaternaria, que, en su circulación destructora, convirtieron a este mogote de yeso y arcilla, en un «cerro testigo», separado de los otros fronterizos, al correr de los tiempos geológicos. Su forma especial y su situación, hacen fijar en él los ojos, sin querer, y es bien posible que hayan sido la causa del sugestivo nombre que lleva en la actualidad, sin descartar que otros motivos de estrategia, en las edades históricas, le hayan hecho calificar así.

Los hallazgos prehistóricos.—Lo encontrado por D. Vicente Romero en el cerro de la «Atalaya», es lo siguiente:

Seis hachas-martillos neolíticas y dos hachitas de pequeñas dimensiones, de las consideradas como amuletos o bien votivas o de ofrenda. El material pulimentado de que están hechas, responde a tres diferentes sustancias: diorita, diabasa y fibrolita. Dos fragmentos de pedernal de dudosa talla, que es casi seguro sean dos *eolilos naturales*. Varios fragmentos de cerámica de tipo neolítico, así como también del bronce y hallstatianos. Debieron pertenecer, por su morfología, a vasijas de variado aspecto, urnas, vasos caliciformes, vasos-cuencos, etc., de barro toscos y negruzcos los unos y de barro rojizo o negruzco, pero fino y brillante, los demás; estando unas veces ornados de incisiones en los bordes, y otras provistas de mamelones distribuidos por el exterior. Un molino de mano hecho de granito alterado. Punzón y puñal, toscamente fabricados con un húmero y un hueso metacarpiano de rumiante. Por último, trozos de cuernos de ciervo en avanzado estado de fosilización, y una especie de grueso adobe elipsoidal. Todos estos objetos han pasado, por donación, al Museo Arqueológico provincial.

Impresión de la visita al cerro de la «Atalaya».— Los objetos anteriormente reseñados, encontrados por el Sr. Romero, fueron recogidos en una excavación irregular, hecha en la cima del cerro con el fin de extraer cantos rodados que sirviesen de grava para la carretera. No permiten, pues, las condiciones del hallazgo determinar niveles cuya estratigrafía pudiera proporcionar datos cronológicos concretos. La mayoría de dichos restos son hallazgos de superficie.

Así pudimos comprobarlo, cuando galantemente conducidos al cerro de la «Atalaya» por el Sr. Romero, ascendimos hasta la cima después de recoger en sus laderas varios fragmentos de cerámica, de los muchos que yacían dispersos. Todo cuanto se

iba encontrando, desparramábase sin orden ni concierto, cual si hubiera rodado por la acción de las aguas salvajes o hubiese sido revuelto en aquellos sitios de la ladera destinados al cultivo.

Nuestra impresión de conjunto es que por ahora no se puede hablar de la existencia en la «Atalaya», de un *verdadero yacimiento* prehistórico y protohistórico, que debió existir, indudablemente, pero a cuya destrucción han contribuido las intemperies y las inexpertas y codiciosas manos de los «buscadores de tesoros». No hay que echar en saco roto la leyenda que circula entre las personas viejas del pueblo, respecto a que del cerro de la «Atalaya» salen de vez en cuando damas o princesas moras, quienes estarán encantadas con sus tesoros, acicate de la codicia de los lugareños. Quizás esto sea la causa principal del destrozo arqueológico de tan interesante cerro.

No obstante, los hallazgos hechos por el Sr. Romero en un hoyo o excavación, de unos dos metros, que hicieron unos picapedreros, hacen pensar en la existencia de «fondos de cabañas neolíticas», con su típico ajuar de percutores, molinos de mano, vasijas negras de forma de olla y cuencos, punzones de hueso y huesos calcinados, etc., mudos testigos de aquel primitivo sibirismo de pueblos agricultores y ganaderos, cuya alimentación era a base de las semillas de sus pobres cultivos o de la carne de sus animales domésticos de apacentamiento. Cabe aún también hacer la consideración de que este cerro de la «Atalaya» pudiera haber sido el punto avanzado defensivo de un poblado neolítico, situado en los cerros fronteros, pero es algo aventurado por las circunstancias especiales en que, hasta aquí, se encuentran rodeados los hallazgos.

Respecto a la industria de hachas pulimentadas, procedentes del cerro de que se trata y de sus contiguos, podemos asegurar que es producto de importación, pues ni la fibrolita, ni la diorita, ni la diabasa, son materiales litológicos propios de aquella facies geológica terciaria, de los cerros que se extienden con su característico relieve tabular, en muchos kilómetros a la redonda. Únicamente la sierra de Mora ha podido proporcionar alguno de los materiales, pero no olvidemos la distancia que la separa de La Guardia, lo que confirmará nuestra sospecha y nos hará pensar en un intercambio comercial con otras tribus, antes que en un taller neolítico, *in situ*.

En el cerro practicamos algunos sondeos el día de nuestra

excursión, especialmente en una de sus laderas, donde el señor Romero tenía referencias de unos labriegos acerca del hallazgo de una sepultura provista de su correspondiente losa, que al ser descubierta por unos campesinos, fué tapada inmediatamente, y sin tocar el esqueleto que contenía, por el temor que les inspirara el macabro hallazgo. Pero bien sea por la perfección con que fué de nuevo sepultada o porque no estuviesen seguros los que la descubrieron, del lugar en que lo realizaron, lo cierto es que no pudo darse con el único hallazgo que hubiera podido ilustrarnos tanto, en cuanto se refiere a la arqueología y cronología prehistóricas de los primitivos habitantes del cerro. También tuvimos noticia de haberse hallado un esqueleto de niño, pero no pudimos ver más restos que un premolar y un trozo de vasija, muy pequeño, así como los fragmentos o astiles de ciervo, que se hallaron próximos a dicho esqueleto.

En resumen: los hallazgos prehistóricos de La Guardia son datos dignos de tenerse en cuenta para un futuro venturoso en hallazgos, con estratigrafía, que esperamos no ha de tardar en venir, gracias al entusiasmo y al celo que, como buscador y aficionado a estos estudios, ha venido demostrando D. Vicente Romero, a quien esta Academia le queda muy reconocida, tanto por su actuación presente como por la que ha de seguir realizando. Así nos lo prometió y así lo esperamos. Y con una promesa y una esperanza, que es el emblema de la vida, emprendimos el regreso a Toledo, no sin antes volver la vista atrás para filosofar un poco acerca del problema interesante de geografía humana, que plantea la vida de aquel curioso pueblo manchego, con su vivienda semi-actual y semi-troglodita.

Jamael del Pan.

Francisco de B. San Román. Buenaventura Sánchez-Comendador.

Pedro Román.

Toledo, 6 de abril de 1930.

